El discurso de Kennedy que Trump nunca pronunciará

Unos días antes de su muerte, John Fitzgerald Kennedy pronunció uno de sus discursos más hermosos, en homenaje al gran poeta Robert Frost.

Al releerlo hoy, suena como una implacable acusación contra Donald Trump y su Estados Unidos.

Lo traducimos.

Autor

El Grand Continent

1 de enero de 2026 Política

Portada

© AP/SIPA

Apenas cuatro semanas antes de su asesinato, John F. Kennedy acudió el 26 de octubre de 1963 al Amherst College para rendir homenaje a uno de los más grandes poetas de la historia de la literatura estadounidense.

Robert Frost había fallecido a principios de ese mismo año, a la edad de ochenta y ocho años.

El autor de «*The Road Not Taken*» y «*Fire and Ice*» había recitado un poema inédito, «*The Gift Outright*», durante la ceremonia de investidura de Kennedy, el 20 de enero de 1961.

El homenaje que el presidente de los Estados Unidos rindió al poeta sería impensable hoy.

Redactado por Arthur Schlesinger Jr., historiador sutil, colaborador cercano del presidente e inventor del concepto de «presidencia imperial» durante el mandato de Richard Nixon, el discurso de Kennedy ofrece una profunda reflexión sobre la importancia de la poesía y la verdad en la creación literaria:

«*He conocido la noche*», escribió [Frost]. Y como conocía la noche tan bien como el mediodía, como comprendía tanto la prueba como el triunfo del espíritu humano, dio a su época la fuerza para superar la desesperación. […] No es casualidad que asociara la poesía con el poder, ya que veía en la poesía el medio para salvar al poder de sí mismo. Cuando el poder lleva a los hombres a la arrogancia, la poesía les recuerda sus límites. Cuando el poder reduce el campo de las preocupaciones humanas, la poesía recuerda la riqueza y la diversidad de la existencia».

Este tono elevado, profundamente marcado por el espíritu de la *New Frontier* y impulsado por un entorno intelectual seguro de sí mismo, no hace sino poner aún más de manifiesto el suicidio estadounidense actual.

Si Donald Trump lleva hoy su obsesión por John F. Kennedy hasta el punto de inscribir su nombre por encima del de este último en el Kennedy Center de Washington, la razón es sin duda bastante simple.

Para comprender el colapso del imperio estadounidense que está provocando —una transformación en una fuerza brutal, sin límites, sin responsabilidad— basta con escuchar la voz de Kennedy y compararla con la de Trump.

La diferencia no puede ser más marcada.

Para Kennedy, «el poder de nuestra nación es importante, pero el espíritu que la inspira y la controla lo es aún más».

En su discurso —en algunos aspectos decididamente elitista— insiste en la importancia de la poesía y la verdad frente al poder.

Desde esta perspectiva, el arte no puede ser instrumental o anecdótico.

Su vocación es ser crítico.

«La nación que desprecia su papel corre la misma suerte que el jornalero de Robert Frost: no tener ‘nada que mirar con orgullo en el pasado, ni nada que esperar en el futuro’».

Mientras Donald Trump recurre al manual estalinista para hacer que el arte estadounidense sea «compatible con MAGA», reescribiendo el

programa de los museos federales, puede ser útil recordar la línea roja que trazó Kennedy en su momento:

«No debemos olvidar nunca que el arte es el reflejo de la verdad, y no de la propaganda. En una sociedad libre, el arte no es un arma y no pertenece al ámbito de la polémica y la ideología. Los artistas no son ingenieros del alma. [...] Al servir a su visión de la verdad, el artista sirve mejor a su nación».

Discurso pronunciado en el Amherst College, en Amherst (Massachusetts), el 26 de octubre de 1963

Señor McCloy, presidente Plimpton, señor MacLeish, distinguidos invitados, señoras y señores:

Es para mí un gran honor estar aquí con ustedes en esta ceremonia, que significa tanto para esta universidad y que también significa mucho para el arte y el progreso de los Estados Unidos.

Esta universidad forma parte de los Estados Unidos. Les pertenece.

Y el Sr. Frost también les pertenecía, en el sentido más amplio.

Por eso he tenido el privilegio de aceptar la invitación que me ha dirigido el Sr. McCloy, de una manera que recuerda a la que Franklin Roosevelt invitó al Sr. MacLeish.

A menudo se describen los poderes de la presidencia.

A veces convendría recordar sus límites.

Cuando el presidente de nuestro Comité Consultivo para el Desarme invita al presidente de los Estados Unidos —y cuando este Comité ha trabajado durante tanto tiempo y con tanto ahínco, y su presidente, que fue asistente del gobernador Stevenson durante los días extremadamente difíciles en las Naciones Unidas durante la crisis de Cuba, ha sido servidor del Estado durante muchos años—, sólo hay una respuesta posible.

Por lo tanto, me complace estar aquí.

Amherst ha contado con muchos *soldados del rey* desde el primero de ellos.

Donald Trump esperando llamadas de niños el 24 de diciembre de 2025 en su residencia de Mar-a-Lago, en Florida. © Daniel Torok/Casa Blanca

Caroline Kennedy y John F. Kennedy Jr. jugando en el Despacho Oval bajo la mirada de su padre, el 10 de octubre de 1962. © Cecil Stoughton/Biblioteca y Museo Presidencial John F. Kennedy/NARA

Algunos están presentes hoy: el Sr. McCloy, que ha servido al Estado durante mucho tiempo; Jim Reed, subsecretario del Tesoro; el presidente Cole, hoy nuestro embajador en Chile; el Sr. Ramey, comisionado de la Comisión de Energía Atómica; Dick Reuter, que dirige el programa Food for Peace.

Estas personas, y muchas otras a lo largo de los años, han reconocido las obligaciones que les impone el privilegio de haber obtenido un título en una *universidad* como esta: servir no sólo a sus intereses privados, sino también al interés público.

Hace muchos años, Woodrow Wilson dijo: «¿De qué sirve un partido político si no sirve a una gran causa nacional? ¿Y de qué sirve una universidad privada si no sirve a una gran causa nacional?».

La biblioteca que se está construyendo hoy, esta misma universidad, todo ello, por supuesto, no se ha hecho únicamente para dar a los graduados de esta institución una ventaja económica en la lucha por la vida.

Es cierto que les proporcionan esa ventaja, pero a cambio de la gran oportunidad que la sociedad ofrece a los graduados de esta escuela y otras similares, me parece que estos graduados tienen la responsabilidad de reconocer su responsabilidad hacia el interés público.

Aquí hay un privilegio, y con el privilegio viene la responsabilidad.

Creo, como ha dicho su presidente, que pueden sentirse satisfechos de que los graduados de esta escuela hayan reconocido este hecho.

Espero que los estudiantes aquí presentes hoy también lo reconozcan en el futuro.

Aunque Amherst ha estado a la vanguardia en la ampliación de su ayuda a los estudiantes talentosos y sin recursos, los *colleges* privados, en su conjunto, reclutan al 50% de sus estudiantes entre el 10% más rico de nuestra nación. Incluso las universidades estatales y otras instituciones públicas obtienen el 25% de sus estudiantes de ese mismo grupo.

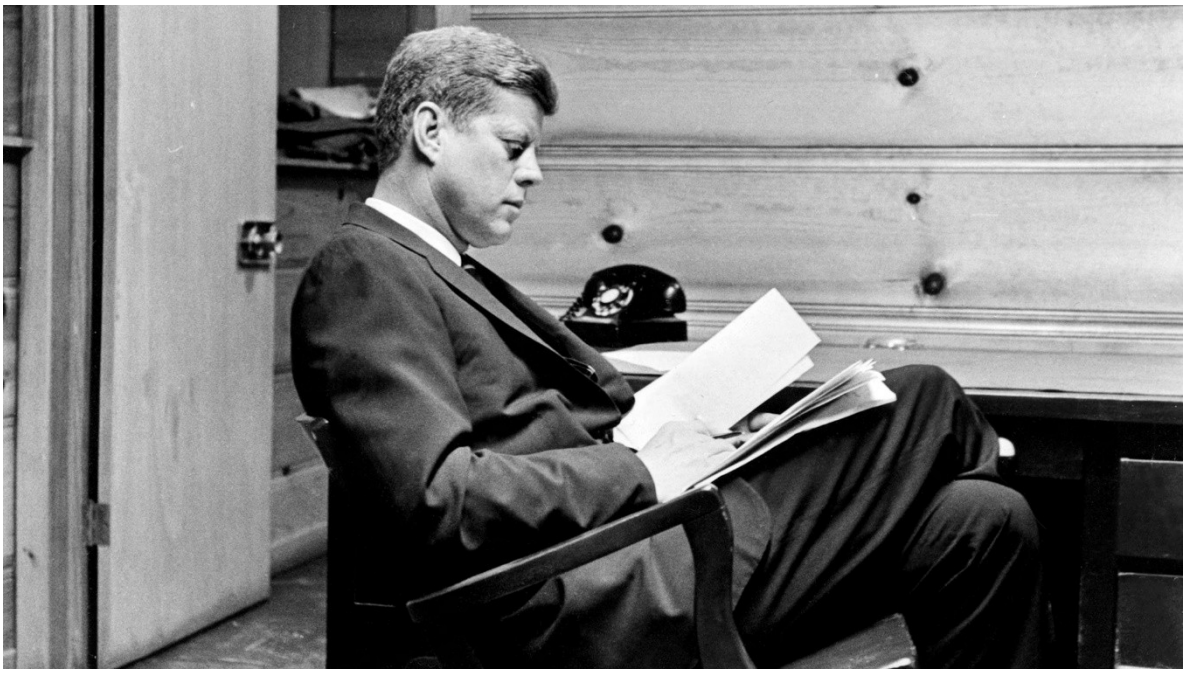
En marzo de 1962, las personas de dieciocho años o más que no habían completado la enseñanza secundaria representaban el 46% de la población activa total y el 64% de los desempleados.

En 1958, la quinta parte más pobre de las familias estadounidenses percibía sólo el 4,5% de los ingresos personales totales, mientras que la quinta parte más rica percibía el 44,5%.

En este país existe una riqueza heredada —pero también una pobreza heredada—.

Si los graduados de esta universidad y de otras instituciones similares, a quienes la vida ha dado una ventaja decisiva, no están dispuestos a devolver a nuestra sociedad su talento, su gran empatía, su comprensión y su compasión, si no están dispuestos a poner estas

cualidades al servicio de la Gran República, entonces, evidentemente, los propios supuestos en los que se basa nuestra democracia resultan frágiles.



John F. Kennedy leyendo en su despacho © Associated Press Archives

Trump mirándose en la televisión en el Despacho Oval con el presidente surcoreano. © Daniel Torok/Casa Blanca

Los problemas a los que se enfrenta hoy este país son vertiginosos, tanto en el ámbito interno como en el externo.

Necesitamos el servicio, en el sentido más elevado, de cada hombre y mujer instruidos: para crear diez millones de puestos de trabajo en los próximos dos años y medio; para mantener nuestras relaciones —nosotros, que hemos vivido ciento cincuenta años aislados y de repente nos hemos convertido en el líder del mundo libre— con más de cien países; para gestionar con éxito esas relaciones, de modo que el equilibrio de fuerzas se mantenga firmemente del lado de la libertad; para permitir que los estadounidenses de todas las razas y creencias convivan en armonía; para hacer posible un mundo basado tanto en la diversidad como en la libertad.

Todo esto exige lo mejor de cada uno de nosotros.

Por eso me enorgullece venir a esta universidad, cuyos graduados han reconocido esta obligación, y decirles a los que están aquí hoy que las necesidades son enormes y que confío en su respuesta.

Robert Frost escribió:

Dos caminos se bifurcaban en un bosque, y yo —

Tomé el menos transitado,

Y eso marcó toda la diferencia.

Espero que este camino no sea el menos transitado, y espero que, en los años venideros, su compromiso al servicio de los intereses de la Gran República sea digno de la larga tradición que les caracteriza desde sus orígenes.

Este día dedicado a la memoria de Robert Frost ofrece una oportunidad para la reflexión que los políticos, como otros —e incluso los poetas— aprecian, ya que Robert Frost fue una de las grandes figuras de granito de nuestro tiempo en Estados Unidos.

Robert Frost fue eminentemente dos cosas: un artista y un estadounidense.

Una nación se revela no sólo por los hombres que produce, sino también por aquellos a quienes honra, por aquellos a quienes recuerda.

En Estados Unidos, nuestros héroes han sido tradicionalmente hombres que han logrado grandes cosas.

Hoy, sin embargo, esta universidad y este país honran a un hombre cuya contribución no fue a nuestro poder material, sino a nuestro espíritu; no a nuestras convicciones políticas, sino a nuestra lucidez; no a nuestra autoestima, sino a nuestra comprensión de nosotros mismos.

Al honrar a Robert Frost, rendimos homenaje a las fuentes más profundas de nuestra fuerza nacional.

Esta fuerza adopta muchas formas, y las más visibles no siempre son las más esenciales.

Quienes crean el poder aportan una contribución indispensable a la grandeza de la nación.

Pero quienes cuestionan el poder aportan una contribución igualmente crucial, sobre todo cuando ese cuestionamiento es desinteresado: determinan si somos nosotros quienes utilizamos el poder o si es el poder quien nos utiliza a nosotros.

El poder de nuestra nación es importante, pero el espíritu que lo inspira y lo controla lo es aún más.

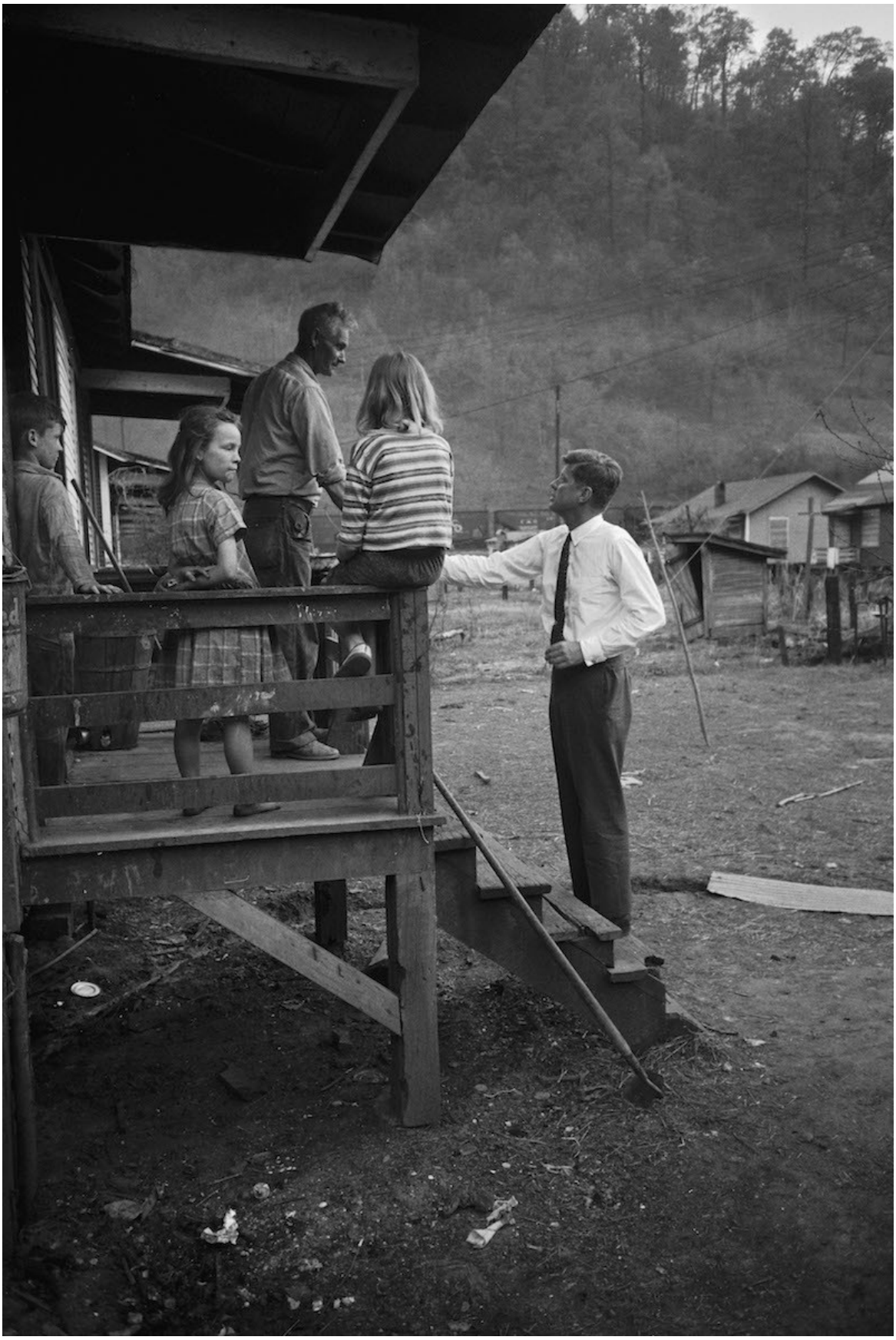
Tal fue el significado particular de Robert Frost.

Oponía un instinto implacable de la realidad a las trivialidades y las convenciones piadosas de la sociedad.

Su sentido de la tragedia humana lo inmunizaba contra las ilusiones y los consuelos fáciles.

«He conocido la noche», escribió.

Y como conocía la noche tan bien como el mediodía, como comprendía tanto la prueba como el triunfo del espíritu humano, dio a su época la fuerza para superar la desesperación.



Donald Trump bailando al ritmo de «YMCA» en una base militar estadounidense. © Casa Blanca

John F. Kennedy durante la campaña presidencial en Virginia Occidental en 1960.

En el fondo, Robert Frost albergaba una profunda fe en el espíritu del hombre, y no es casualidad que asociara la poesía con el poder, ya que veía en la poesía el medio para salvar al poder de sí mismo.

Cuando el poder lleva a los hombres a la arrogancia, la poesía les recuerda sus límites.

Cuando el poder reduce el campo de las preocupaciones humanas, la poesía recuerda la riqueza y la diversidad de la existencia.

Cuando el poder corrompe, la poesía purifica. Porque el arte establece las verdades humanas fundamentales que deben servir de piedra de toque para nuestro juicio.

El artista, por muy fiel que sea a su visión personal de la realidad, se convierte en el último defensor del espíritu y la sensibilidad individuales frente a una sociedad intrusiva y un Estado intempestivo.

El gran artista es, por tanto, una figura solitaria.

Mantiene, como decía Frost, una *disputa amorosa con el mundo*. Al perseguir su percepción de la realidad, a menudo debe navegar a contracorriente de su tiempo.

Este papel no es popular.

Si Robert Frost fue ampliamente honrado durante su vida, fue porque muchos preferían ignorar sus verdades más oscuras. Pero, mirando atrás, vemos cómo la fidelidad del artista ha reforzado la fibra de nuestra vida nacional.

Si a veces nuestros grandes artistas han sido los críticos más severos de nuestra sociedad, es porque su sensibilidad y su preocupación por la justicia —que deben animar a todo verdadero artista— les hacen conscientes de que nuestra nación sigue estando por debajo de su máximo potencial.

Pocas cosas me parecen más importantes para el futuro de nuestro país y nuestra civilización que el pleno reconocimiento del lugar que ocupa el artista.

Si el arte debe alimentar las raíces de nuestra cultura, la sociedad debe dejar al artista libre para seguir su visión, dondequiera que esta le lleve.

No debemos olvidar nunca que el arte no es una forma de propaganda, sino una forma de verdad.

Como señaló una vez MacLeish sobre los poetas, nada es peor para una profesión que estar de moda.

En una sociedad libre, el arte no es un arma y no pertenece al ámbito de la polémica y la ideología. Los artistas no son ingenieros del alma.

Quizás en otros lugares sea diferente, pero en una sociedad democrática, el deber más elevado del escritor, del compositor, del artista es permanecer fiel a sí mismo y dejar que las consecuencias caigan donde tengan que caer.

Al servir a su visión de la verdad, el artista sirve mejor a su nación. Y la nación que desprecia la misión del arte se expone al destino del jornalero de Robert Frost: el de no tener «nada a lo que volver con orgullo, ni nada hacia lo que mirar con esperanza».

Deseo un gran futuro para Estados Unidos: un futuro en el que nuestro país sepa hacer corresponder su fuerza militar con su moderación moral, su riqueza con su sabiduría, su poder con su finalidad.

Deseo un Estados Unidos que no tema a la gracia y la belleza, que proteja la belleza de su entorno natural, que preserve las grandes casas, plazas y parques de nuestro pasado nacional, y que construya ciudades armoniosas y equilibradas para el futuro.

George Tames (The New York Times), «The Loneliest Job», John F. Kennedy en el Despacho Oval, 1961.

Donald Trump entrega medallas en nombre de Kennedy a personalidades de su elección en el Despacho Oval. © Casa Blanca

Deseo un Estados Unidos que recompense los logros artísticos como recompensa los logros en los negocios o en el arte de gobernar.

Deseo un Estados Unidos que eleve constantemente los estándares del logro artístico y que amplíe sin cesar las posibilidades culturales que se ofrecen a todos sus ciudadanos.

Deseo un Estados Unidos que inspire respeto en el mundo no sólo por su poder, sino también por su civilización.

Por último, deseo un mundo seguro no sólo para la democracia y la diversidad, sino también para la distinción personal.

Robert Frost solía mostrarse escéptico ante los proyectos de mejora de la humanidad, pero no creo que hubiera despreciado esta esperanza.

Como escribió durante los días inciertos de la Segunda Guerra Mundial:

«Si se considera la naturaleza humana en su conjunto, desde el origen de los tiempos…

tiene que inclinarse un poco a favor del hombre,

aunque sólo sea en una fracción del uno por ciento…

o nuestra influencia en el planeta no habría crecido tanto».

Gracias a la vida y la obra de Robert Frost, gracias a la vida y la obra de este *college*, nuestra influencia en el planeta ha crecido.